

OPINIÓN

La Voz de Galicia

Presidente
Santiago Rey Fernández-Latorre

Consejero Delegado
José Gabriel González Arias

Secretario General
Manuel Areán Lalín

Director
Xosé Luís Vilella Conde

Director Adjunto: Luis Ventoso Castiñeira
Director de Opinión: Ernesto Sánchez Pombo.
Subdirectores: Alfredo Vara Fernández (Organización), César Casal González (Información Local), Francisco Ríos Álvarez (Edición y Cierre) y Carlos Aguiló Leal (Edición digital).

Redactores Jefes: Ángel Castiñeira Purrifios (Servicios), Tacho Calvo (Acciones Especiales), Carlos Caneiro (D. Arte), José Varela (Fin de semana), Lalo Fernández Mayo (Continuidad y Cierre), Luis Paz (Apertura) y Leoncio González.
Jefes de Área: Juan Carlos Ortiz (Galicia), Javier Armesto (Actualidad), Jorge Casanova (Sociedad) y Fernando Hidalgo (Deportes).
Amiga del Lector: Arantza Aróstegui.

Gerente:
Santiago Pérez Otero

Director Comercial: Carlos Quintana Izaguirre.
Director Económico-Financiero: Roberto Diz Infante. **Director de Marketing y Ventas:** Rafael Sanguino Martínez. **Director de Recursos Humanos:** Ignacio Abeal Pérez. **Director Técnico y de Sistemas:** Severino Santirso Fernández.

Producción: Francisco Docampo Freire.
Ventas: Jesús Romero Vázquez.

Edita **LA VOZ DE GALICIA, S.A.**
Depósito Legal: C-1821-1996.
C.I.F.: A-15000649.

Redacción, Administración e Impresión:
Avenida da Prensa, parcelas 84 y 85.
Polígono Industrial de Sabón
15142 Arteixo (A Coruña).

Teléfono: 981 180 180*
Fax Redacción: 981 180 410
Correo electrónico: redac@lavoz.es
Fax Administración: 981 180 473
Fax Publicidad: 981 180 380

Dirección de Internet:
www.lavozgalicia.es

Escuela de Medios de Comunicación:
Teléfono: 981 180 304.

LA VOZ DE GALICIA, S.A. se reserva todos los derechos como autor colectivo de este periódico y, al amparo del art. 32.1 de la Ley de Propiedad Intelectual, expresamente se opone a la consideración como citas de las reproducciones periódicas efectuadas en forma de resúmenes o revista de prensa. Sin la previa autorización por escrito de la sociedad editora, esta publicación no puede ser, ni en todo ni en parte, reproducida, distribuida, comunicada públicamente, registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, ni tratada o explotada por ningún medio o sistema, sea mecánico, fotográfico, electrónico, magnético, electro óptico, de fotocopia o cualquier otro en general.



2005	Tirada media	Difusión media
Diaria	121.267	103.299
Domingos	159.833	141.816

EL PUENTE

ALFREDO VARA

200 euros por hectárea

GALICIA está viviendo una catástrofe. Oficialmente puede dársele el nombre que mejor suene, siempre que se tomen medidas acordes a la dimensión real de lo ocurrido en nuestros montes. Según las cifras que maneja la Xunta, se han quemado al menos 77.000 hectáreas. Además de afrontar lo más importante, que es lo que tiene que ver con las vidas humanas perdidas, y lo más urgente, que es poner remedio en lo posible a las pérdidas de bienes materiales de todo tipo, hay que encarar el problema básico, que es el futuro del monte. Y para ello hará falta bastante más que los 16 millones de euros anunciados ayer por el Gobierno para la regeneración medioambiental. Una sencilla división asigna poco más de 200 euros por cada una de las 77.000 hectáreas afectadas. O se modifica sustancialmente y se diseña un plan integral, o el monte gallego seguirá tan indefenso ante el furor incendiario como lo están nuestras costas ante el riesgo de otra marea negra.

A TORRE VIXÍA

XOSÉ LUÍS BARREIRO RIVAS

Fortuna te dé Dios

EL SABIO Teofrasto lo decía así de fino: «Vitam regit fortuna, non sapientia». Pero los castellanos, más directos, se hacen entender mucho mejor: «Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber con poco basta».

Esa suerte de Dios, que los cristianos llamamos providencia, es la que me permite saludarles otra vez después de una semana de ausencia, que, aunque no es mucho tiempo, es la distancia más larga que me separó de ustedes desde hace dieciséis años. Y puedo jurarles que es verdad: que todo lo que sé —mucho o poco— de nada me sirvió en este trance, mientras sentía una mano poderosa que, tirando del estornón y las costillas, nos tuvo anclados a la vida. Nosotros sólo tuvimos que invertir tres segundos en abrochar el cinturón. Lo demás ya se sabe: «Vitam regit fortuna...»

Pero yo soy politólogo, y no moralista. Y mientras estaba en ese mercado persa que son las urgencias del Hospital Universitario

de Santiago —donde se hace la mejor medicina del mundo en un precioso gallego normalizado— estaba aplicándole el cuento a los incendios forestales, a la marea de cayucos que llega a Canarias, a la tregua frágil y maltrecha que nos dio ETA, a las brigadas aerotransportables que preparan su macuto para ir al Líbano y a tantas otras cosas. Porque aunque a mí y a mis hijos nos hubiese gustado que nos empezasen a fuchicar en el cuerpo dos segundos después de entrar por la puerta de urgencias, seguramente hicieron bien tomándose su tiempo en el diagnóstico y en la correcta jerarquización de nuestras necesidades, evitando medidas inútiles o contraproducentes que sólo sirven para contentar a una pequeña parroquia de siareiros compuesta por el matrimonio, los hijos, la familia y los amigos.

Y la política se parece mucho a un hospital. Cuando un país entra en los palacios del Gobierno por la puerta de urgencias

—quemado, plagado de cayucos, con sarpullidos militares o con treguas llenas de pus—, sería bueno que hubiese un servicio de urgencias que, antes de pasarlos a planta, serenase el proceso, estableciese con claridad los diagnósticos, mandase las camillas a la sala de observación, y evitase cualquier medida precipitada o demagógica que, para curar una herida, abra primero otra mayor.

A poco que ustedes se fijen verán la prensa llena de diagnósticos elementales, de palos de ciego, de respuestas precipitadas, de promesas y medidas más calculadas y de remedios que son «pan para hoy y hambre para mañana». Porque la democracia mediática tiende a que los políticos desenfunden más rápido que los pistoleros, y porque la carencia de un buen sistema de observación y enfriamiento nos lleva a que los recursos se dispersen y los malos remedios se multipliquen.

KIKO DA SILVA



TRIBUNA

RAFAEL ALONSO
ABOGADO, MÁSTER EN DERECHO DEPORTIVO

El saco sin fondo del fútbol profesional

HEMOS llegado a considerar algo absolutamente normal que las administraciones públicas actúen como salvadoras de la eterna ruina de los clubes de fútbol. Las formas a través de las que la Administración acude a remendar y rellenar el saco sin fondo del fútbol profesional son muy variadas.

Cuando se impuso la transformación en sociedades anónimas deportivas, muchos ayuntamientos se convirtieron en los accionistas mayoritarios del club local; siendo coherentes, lo suyo habría sido celebrar también plenos extraordinarios los lunes en los que los ediles analizasen la marcha del equipo, el cese del *míster* o los refuerzos necesarios en el mercado de invierno. Cuando este dinero se acaba, siempre queda el remedio de las subvenciones directas, como la que el Gobierno cántabro le otorga al Racing (22 millones de euros en 11 años). Otras veces es necesario dictar leyes *ad hoc* para ayudar al club en apuros, como la adoptada por el Parlamento navarro en el 2003 para otorgar un aval de 18 millones de euros al Osasuna, justificada por el interés público de esta institución al fomentar el ejercicio entre los jóvenes. Si resulta necesario justificar esas dotaciones de ingresos siempre se puede acudir al patrocinio institucional; el mismo Osasuna recibe de la Comunidad Foral un millón y medio de euros anuales desde que rebautizó su estadio como Reino de Navarra. Últimamente, también está en

boga otra forma de ayudas de gran impacto económico: las operaciones urbanísticas.

Son muchas las cosas que pueden mejorarse con todo este dinero público que acaba en el fútbol profesional. Es indudable que la misión de fomento del deporte que recae en la Administración está más relacionada con la potenciación de la práctica deportiva por la ciudadanía que con el sostenimiento de un espectáculo. El deporte profesional debe ser capaz de autofinanciarse a través de una gestión responsable liderada por las ligas profesionales, creadas con ese fin.

Los norteamericanos, grandes expertos del *show business*, han sido capaces de lograrlo mediante fórmulas que, tarde o temprano, deberán ser imitadas, como la autoimposición de límites salariales. Sin embargo, su gran secreto reside en algo mucho más difícil de imitar: la solidaridad. Las competiciones son más rentables cuando existe más incertidumbre sobre el resultado. Por eso aplican el *draft*, para permitir que los peores equipos puedan hacerse con los mejores jugadores. Si aquí se aplicase la solidaridad para repartir el pastel televisivo, ello podría permitir una competición más reñida, mayores audiencias e ingresos suficientes. Pero mientras prime el egoísmo y se acentúen las diferencias entre ricos y pobres, el fútbol profesional está condenado a la ruina y a seguir dependiendo de los favores políticos.